

Fra Domenico la idea propuesta, apoyado en esas sobrenaturales visiones, que tanto intervenian en todas estas tragedias, y refiriendo cómo un ángel del Señor se apareciera á su lado y le mandara no entrar en el fuego sino con el Santísimo Sacramento en las manos. A esta disputa, viendo los señores que era aquel como el primero de los reparos opuesto por Savonarola y sus amigos, suspendieron la prueba, y echaron la responsabilidad sobre los únicos que habian mostrado resolucion para el acto, entereza en los preparativos, y confianza en la victoria. Infeliz Savonarola, no sabia que cuando hombres de su altura, rodeados por causa de su propia grandeza del odio y de la envidia, porfian con hombres de la pequeñez de Fray Francesco, pierden siempre, sea cualesquiera el resultado de sus combates.

Precisa conocer la complexion de un pueblo como el pueblo florentino para alcanzar toda la trascendencia de un hecho como el hecho de la suspension de aquella prueba. Los franciscanos se arrogaron la victoria; los dominicos se vieron en grande decadencia; y Savonarola completamente desposeido y privado de su antigua popularidad. El Papa mismo escribió una bula al pusilánime fraile Francesco y le bendijo, por lo que él llamaba con grande impropiedad su entereza. Las asambleas políticas decretaron una pension al convento de Santa Cruz; y mil indicios mas advirtieron que Savonarola estaba completamente desposeido de su antiguo influjo moral, y por lo mismo, expuesto á todas las asechanzas contra él dirigidas por sus numerosos é implacables adversarios. Los mas conocedores, entre los republicanos, del estado de Florencia proponian á Savonarola que les permitiese conjurar los peligros amenazantes do quier, parando con rápida y fuerte defensa el primer golpe. Mas imposible que prevaleciera tal consejo en ánimo como el ánimo de Fray Jerónimo, que si queria el combate teológico en todas partes, queria tambien la paz material á toda costa. Muchos amigos de la política republicana se partieron, y dejaron la ciudad, por ver próximo el destierro y prohibida la defensa. El domingo de Ramos, 8 de abril, empezó verdaderamente, como á conmemorarse la Pasion del Señor, á cumplirse la pasion de Savonarola. Muchos de sus partidarios fueron insultados y heridos en las calles, y como respondieran á la agresion feroz con la defensa necesaria, reuniéronse sus enemigos en legion, y encamináronse en son de guerra al convento de San

Marcos. En la vía entre la catedral y el monasterio no encontraron republicano, á quien no insultaran é hirieran. Asesinaron al pobre Pecori, que iba tranquilamente á su iglesia; tendieron exánime en el suelo á un óptico que predicaba la paz. La sangre pide sangre; y aquella muchedumbre reaccionaria queria mas víctimas y las inmolaba sin piedad al paso. En cuanto llegó á la puerta de San Marcos, apedreó el interior, dispersando á los fieles, que oian con recogimiento la divina palabra.

La guerra estaba ya empeñada; la necesidad de defenderse era inevitable. No habia mas remedio que responder á la agresion con la agresion. Los amigos mas resueltos se encontraban al lado del monje, por lo mismo que se oia sonar en el reloj de los tiempos la hora de su desgracia. Y sin que este lo supiera, desde que comenzaron los peligros, reunieron en un desvan varios arcos é instrumentos de guerra para apercibirse á la defensa y contrastar la agresion. En un momento se repartieron aquellas armas y se vieron muchos de aquellos frailes con el casco sobre el cerquillo, la coraza sobre el hábito, y en la mano derecha la partesana en vez de la cruz. Savonarola se dirigia á unos con palabras de reconvencion; amenazaba á otros en nombre de su autoridad superior; tendíase para pedir á los piés de aquellos á quienes no podia mandar; recordaba á todos en palabras elocuentísimas cómo hubiera preferido Cristo morir á matar; corria á la puerta resuelto á entregarse á sus enemigos para que lo matasen, entrega que hubiera verificado, de no oponerse materialmente y por fuerza sus amigos; y cuando ya no le quedaba ningun recurso á qué apelar para impedir el combate, dirigíase al coro con el Sacramento en las manos y se postraba de hinojos entonando piadosísimos salmos y pidiendo á Dios piedad y misericordia.

El sitio del convento se formalizaba; y la Señoría de Florencia, obligada por su ministerio á impedir aquellos desórdenes, socorria y alentaba descaradamente á los sitiadores. Valori, célebre gonfaloniero, adicto á Savonarola, se descolgó, viendo lo amenazador del ataque y lo débil de la resistencia, por una pared del convento, y se encaminó á su casa, desde donde se fué á la Señoría, para referirle cuanto pasaba y moverla con mejor consejo á otro proceder. Pero Valori fué asesinado á la puerta misma de su casa; su mujer, que se asomaba á una ventana, en demanda de socorro, arcabuceada; y un

inocente netezuelo suyo, ahogado en su propia cama. La noche venia sobre todos, y la audacia de los sitiadores aumentaba con la complicidad de las sombras. Así rompieron las puertas, penetraron por los claustros, invadieron la botica y el refectorio, saquearon las celdas y se metieron en el coro á inmolarse á los dominicos. Estos, guiados por su instinto de conservacion y desoyendo las súplicas de Savonarola, cogieron, unos los cirios de los altares, otros los candeleros de metal, estos las partesanas que habian dejado arrimadas á las paredes de la iglesia, aquellos las diversas armas que por precaucion traian consigo, y dentro del lugar sagrado, bajo las bóvedas destinadas á oír la oracion y ennegrecidas por el incienso, empeñaron sangrienta batalla, en que se oían los tiros de los arcabuces, los golpes de muerte, los ayes de los heridos, los estertores de los moribundos entre los lamentos de las campanas del monasterio, que tocaban á rebato, y el estruendo de las techumbres donde muchos se habian refugiado para tirar piedras y tejas sobre los sitiadores en defensa necesaria de su vida. Viéronse rasgos heróicos de primer órden. Andrea de la Robia, célebre escultor, sostuvo cuerpo á cuerpo con su espada una lucha á muerte en los claustros; y tendió en el suelo á varios de sus enemigos. El fraile Benedetto hizo retroceder desde el tejado á los que asaltaban el convento. Un novicio alemán cogió las armas de manos de sus contrarios y los arcabuceó largo espacio. La victoria hubiera quedado por los dominicos, si la Señoría no interrumpiera el combate con sus perfidias y Savonarola no lograra detener la efusion de sangre con sus súplicas. Todo estaba, pues, perdido desde que faltó el auxilio de la conciencia pública al profeta y á sus partidarios. Como algunos de estos le aconsejaron huir, Savonarola pronunció las palabras evangélicas de que el buen pastor debe morir por sus ovejas, y se entregó á los esbirros de la Señoría.

Indudablemente hay algo de la Pasion de Cristo en la Pasion de Savonarola y algo de las mayores tragedias de la historia en la terrible tragedia de su vida. Desde luego parece que asistimos á la calle de Amargura, cuando le conducen desde el convento de San Marcos al palacio de la Señoría. Unos le insultan, otros le injurian, estos le apedrean, aquellos le escupen; y un hombre, que tuvo á toda Florencia por suya, no encuentra una cara amiga ni unos ojos compasivos en la muchedumbre antes exaltada hasta el delirio

por sus ideas, por sus arengas y por sus obras. No de otra suerte el Salvador: los judíos le recibieron con palmas y olivos, le acompañaron en triunfo por las calles de Jerusalem, cubrieron con sus mantos el camino que llevaba y llenaron con sus vítores el aire que le circua para prenderle á las pocas horas en el Olivete, abofetearle y escupirle en el Pretorio, arrastrarle por la calle de Amargura, preferirle Barrabás, y crucificarle en la cima del Calvario mas feroces que las alimañas de los desiertos y menos compasivos que las piedras de los montes. Desde luego, en la causa y en el suplicio de Savonarola, vemos claramente la inconsistencia de que padecen las democracias y la facilidad con que entregan á sus mejores amigos, aquejadas de incurable ingratitude. Asistimos en esta trágica escena á hechos muy semejantes á los sucedidos en la historia de la democracia romana y en la historia de la democracia moderna. Involuntariamente asoman á la idea dos nombres célebres en los fastos democráticos, el nombre de Cayo Graco y el nombre de Danton. Por su elocuencia griega el uno y por su energía el otro; por su comun amor al pueblo y su culto comun á la libertad; por el sacrificio que hiciera Cayo Graco de su cuna y Danton de su conciencia en aras de la causa popular; por sus múltiples talentos; uno y otro llegaron á dominar al pueblo en términos que el pueblo los tiene por sus ídolos y les presta el homenaje de un acatamiento llevado hasta la pasion y el culto religioso y casi rayano del delirio con que los pueblos adoran á los suyos cuando se encuentran en el zenit de su favor. Pero los exagerados, los violentos, los que todo lo extreman, llegan tarde ó temprano en pos de los amigos sinceros de la multitud como Graco ó Danton; y entre los aplausos de esta; con su complicidad, mas que con su complicidad, con su concurso; matan implacablemente al uno en el bosque de las Furias y entregan la cabeza del otro al verdugo para que la arroje por las tablas de la guillotina y la presente á la befa y al escarnio de los mismos que la habian considerado como la cima de toda la revolucion y como el faro de todos sus derechos. Igual Savonarola. Aquel pueblo que bramaba de entusiasmo; que proferia palabras incoherentes en sus delirios; que derramaba mares de lágrimas al oírle como si su palabra elocuentísima tuviera el don de enloquecerle; aquel pueblo artístico, que, por una palabra suya, renunció temporalmente á las artes; aquel pueblo voluptuoso, que por

obedecerle renunció á todos los placeres; aquel pueblo de atenienses que llegó á trocarse en un pueblo de ascetas; aquel pueblo mismo, creído antes de que su ídolo poseía el don profético y la facultad sobrenatural de los milagros, cambiado por esa deplorable inconstancia de las democracias, asaltó su convento, injurió y golpeó su persona, llevólo á un calabozo, y pidió con el mismo estruendo que antes pidiera su beatificación en vida, pidió ¡oh eterna infamia! su deshonra y su muerte.

La Señoría, que á la sazón mandaba, representó con toda fidelidad este triste cambio de las ideas populares en Florencia. No se constituyó un tribunal de magistrados, sino una manada de perseguidores; no se apeló á los procedimientos del juicio, se apeló á los horrores de la persecucion; no se procuró una sentencia, se procuró un asesinato. Las declaraciones mas sencillas y mas naturales se falsificaron; las respuestas mas congruentes á desvanecer los cargos inconsideradamente hechos se borraron; y el proceso de la ley contra el llamado criminal resultó á la postre un verdadero crimen. Encerráronle en estrecha prision allá en la gallarda torre del palacio de la Señoría. Dura la prision para todo el mundo, potro y tormento del cuerpo y del alma, porque la libertad se necesita tanto para la vida como el mismo aire respirable; pero mayor potro y mayor tormento para las complexiones delicadas, para los naturales nerviosos, para los ánimos sensibles, para las imaginaciones vivas, para los temperamentos exaltados, para los corazones fáciles á la emocion, para hombres como este infeliz Savonarola, acostumbrado al arte de la palabra, á la comunicacion diaria con las muchedumbres, al entusiasmo que embriaga el alma, á la popularidad que agranda todos los sentimientos, á esa nube de incienso que gusta, no solo á los míseros mortales en la tierra, á los dioses mismos en el cielo. Cuánto debia padecer, viéndose solitario quien se habia visto circuido de la multitud en el púlpito; escuchando las blasfemias de sus verdugos, quien habia escuchado los loores innumerables del entusiasmo; desposeido de papel, de pluma, de tintero y de todos los medios indispensables á fijar su pensamiento quien estuvo acostumbrado á que las gentes recogieran como voces de un oráculo casi divino las hojas mas insignificantes de sus mas vulgares escritos. No puede la idea concebir ni la palabra explicar todo el horror de tales sufrimientos. Añadid á esto que, segun la costumbre

de aquella edad, por tantos conceptos ilustre y por tantos otros bárbara, lo pusieron á cuestion de tormento, y le rollaron una maroma al cuello, y le subieron y bajaron con violencia como si fuera un objeto inanimado, y le pusieron fuego en las plantas de los piés, y le descoyuntaron los huesos, haciéndole sufrir materialmente para que moralmente se deshonrara y negase lo mismo que habia sostenido, y fuese cómplice de sus perseguidores, y apoyase las acusaciones lanzadas contra su honor y contra su doctrina. Y bien puede decirse que, en este proceso, como en todas sus desgracias, resulta oscuro y acusador lo que tenia el monje propiamente de la Edad media, su fe ciega en la posesion completa del don sobrenatural de las profecías y de los milagros. Negaba que se creyera revestido de esta facultad, cuando lo ponian á tormento; y así que recobraba el dominio sobre su propia voluntad, volvía de nuevo á reivindicarla: grave inconsistencia, no cohonestada ni por el dolor mismo, y que prueba cómo encontramos el castigo allí donde cometemos la falta.

Dos monjes le acompañaron en la prision. Era el uno aquel Fray Domenico, que aceptó el reto de los franciscanos, causa inocente, pero causa ocasional de la desgracia de Savonarola. Era el otro un compañero del monje, persona muy nerviosa, sujeto á padecimientos epilépticos y á errático sonambulismo, quien hizo de su enfermedad natural una especie de influencia sobrenatural en que arrastraba ciegamente á Savonarola, pues á tales influjos se hallan por regla general sujetos los que padecen de las alucinaciones de que por desgracia padecía el monje. Así el proceso se complicaba mucho, pues mientras Fray Domenico arrostraba todas las iras imaginables por defender á su maestro, el pobre y pusilánime enfermo le combatía y le acusaba; triste víctima del desarreglo de sus nervios y de la intensidad de su miedo. En estas, el Papa, deseoso como siempre de venganza, pedía que le reservaran el conocimiento y fallo de la causa y la aplicacion del castigo. Pero la Señoría le hizo observar que implicaba muchas dificultades la aceptacion de su propósito, pues ni podia soltar á un reo de esa importancia, en cuyo conocimiento obraban muchos de sus secretos de Estado, ni podia conseguir que el pueblo florentino dejase de interesarse, y de interesarse vivamente, por un proceso, en que era juez y parte. Como objetara Alejandro VI que podia por el sistema electoral florentino cambiarse fácilmente de gobierno, y convertirse